

24 - MATE

BIBLIOTECA POPULAR

BIBLIOTECA NACIONAL

LECTURA de NOVELAS

QUITO - ECUADOR
— POR —

ALEJANDRO MATEUS, PRESBITERO


Mística y Religión



QUITO

IMPR. DE LAS EE. CC. POR J. SÁENZ. R.

1891



À LOS JÓVENES Y SEÑORITAS.

La Imprenta, una de las más sublimes invenciones del hombre, destinada á difundir la luz de la verdad y perfeccionar á la humanidad en sus más nobles facultades, y con ellas, en sus creencias y costumbres, ha corrido la misma suerte de tantas instituciones humanas, las cuales no sólo no corresponden al fin á que se han destinado, sino que con harta frecuencia van directamente contra él. Así es que se ha convertido en árbol de la ciencia del bien y del mal, en foco de luz y de tinieblas, en elemento de vida y de muerte, de civilización y de barbarie.

En manos de la Iglesia, la imprenta ha sido y será siempre auxiliar poderoso para propagar ó sostener la fe y hacer

florecer las virtudes; faro luminoso que muestre á los mortales el camino de la verdadera felicidad, y guía que les libre de los abismos insondables á donde pueden despeñarse. Mas al servicio del espíritu satánico, ha llegado por una consecuencia lógica, á encadenar la verdad y á prostituir la libertad engañando al entendimiento y corrompiendo la voluntad con escritos doctrinales, novelescos y periódicos que tienden no al mejoramiento de las costumbres ni á procurar las virtudes públicas ó privadas, sino á romper el mejor lazo de unión, la caridad, ó arrebatarse el único tesoro del inocente pueblo, la fe, y el más valido timbre del alma, la virtud.

Con tan dañado intento se echan á volar á toda costa, papeles en que sus autores ya incitan al pueblo á burlarse de las leyes y de los gobernantes; ya alaban á los gobiernos opresores de la Iglesia y de los ciudadanos; ya se muestran enemigos de la Religión y desprestigian al Clero; ya también se precian de católicos sinceros y amigos del orden; por donde cuentan con el afecto, ó siquiera con la curiosidad de los gobiernos y de los pueblos, de los buenos y de los malos.

Pero el punto á donde con mano maestra dirigen sus tiros, es la juventud, porque no se les oculta que es la flor de la sociedad de hoy y que mañana será su fruto, el cual si está podrido, dará también semillas dañadas.

Y es cosa de gran lástima que padres y madres de familia, á veces religiosos, no se curen de ello, y que con el especioso pretexto de ilustración y de honesta recreación, permitan á ojos cerrados, que sus hijos lean toda clase de escritos y que sus candorosas niñas devoren cuanta novela ve la luz pública, cuando, á todo poder, debían proscribirlas del hogar doméstico.

Hé aquí, pues, la razón por qué no hemos vacilado en el propósito de enderezaros estas cortas reflexiones sobre las *novelas* á vosotros amados jóvenes, que estáis llamados á ser defensores de la patria, magistrados y maestros en la sociedad que os contempla y acaricia como á su tesoro.

Y vosotras, jóvenes, aunque naturalmente inclinadas al bien, no estáis excusadas de tomar precauciones contra las malas lecturas, si quereis llenar los destinos que á Dios plugo confiaros, hacien.

doos el corazón del mundo, la flor que perfuma el lugar doméstico y el asilo escogido de la virtud; y mal podéis corresponder á vocación tan noble, si el hálito emponzoñado de la novela viene á mancillar vuestro candor, ó si los libros ó periódicos impíos acaban por debilitar vuestra fe.

No dudamos que vuestra educación y sentimientos religiosos darán buena acogida á éstos nuestros apuntes y á otras publicaciones que algunos sacerdotes ilustrados han resuelto poner en vuestras manos, movidos por el celo de vuestra felicidad temporal y eterna, dando así cumplimiento á uno de los sabios acuerdos del *Primer Congreso Eucarístico* de Quito.



LECTURA DE NOVELAS.

Si bien la *novela* pudiera proponerse la enseñanza de las buenas costumbres y la extirpación de las malas, de hecho es una verdadera escuela de corrupción. Por esto la Iglesia se ve obligada á condenar la mayor parte de las novelas, y los cristianos, y todos los hombres obrarían prudentemente si desconfiasen de todas en general.

La moral cristiana que en ciertas ocasiones impone sacrificios harto dolorosos al corazón humano, se hace muy practicable con el auxilio sobrenatural que se llama *gracia*, la cual mueve poderosa y eficazmente á quien está bien dispuesto, y es de ningún efecto cuando topa con el hábito de lo malo y con aficiones desordenadas, que lentamente han ido enseñoreándose del alma con la lectura, la meditación, el consejo y el ejemplo. Y esta es la razón porque las novelas son el veneno que da muerte á las almas. En efecto: aquello que está escrito parece tener cierto carácter sagrado y misterioso, por donde infunde un profundo respeto

á personas irreflexivas ó medianamente instruidas, que con infantil candor oyen sus consejos, cual si fueran avisos del oráculo más autorizado. Si á esto se allega el calor de la meditación y la fuerza casi irresistible del ejemplo, que siempre trae consigo la lectura de novelas, ¿quién podrá quedar sereno en medio de tanta turbación, sin mancha en el inmundo cieno, virtuoso en el escenario de los crímenes?

Si el teatro es tan pernicioso á la moralidad del individuo, ¿cuántos estragos no causará la novela que es un verdadero drama al que asiste el lector cuantas veces le place, y aún con solo volver la hoja del libro tiene repetición de la escena cuantas veces le venga en capricho? De esta forma se llega á perder la castidad del corazón y la del entendimiento, una vez que éste se hace teatro de escandalosas escenas y aquel un horno de concupiscencia y centina en que es han arrojado los más inmundos deseos.

Exaltada la imaginación, herida la voluntad con el inflamado dardo del amor, busca el joven ó la señorita el ansiado objeto de sus delirios. A falta de un objeto real, se extasía en objetos imagina-

rios, y procura por todas maneras que aquella ficción se convierta en realidad, y lo consigue no bien se presenta la ocasión. A este fin hace aquel engalanamiento con que se presenta en público, aquel exagerado ornato del cuerpo, de los vestidos y habitación, aquel estudio y fingimiento traídos en las palabras, miradas ó meneos, y hasta en los defectos y enfermedades de que adolece.

Las cartas amatorias, las citas y las tertulias obscenas en pleno salón, sin que lo adviertan los padres ni concurrentes, los saludos sonrisas y miradas encendidas que jóvenes de ambos sexos se cambian hasta en el santo templo; el envilecimiento de criados y niños con oficios nada honrosos; la fornicación y el adulterio, los ruidosos divorcios, en una palabra, el fuego que devora el hogar doméstico; no son hechos casuales, sino ensayos de lo que se aprendió en la novela; significan envenenamiento del individuo que durante largos años ha estado apurando aquel tóxico mortal, y derrumbamiento de la familia, que de tiempos atrás ha venido rodando con vertiginosa celeridad empujada por ese furioso huracán; significan, digámoslo sin rodeos

síntomas de muerte de la sociedad entera.

En la novela, pues, aprenden los esposos á quebrantar su fidelidad, las esposas á abusar de la confianza de sus consortes, los hijos á burlar la vigilancia de los padres. Avivadas las malas pasiones, se apropian de las ideas y sentimientos de algún personaje imaginario, y, soñando despiertos y en claro día, llegan á persuadirse que, por un decreto ineludible de lo que neciamente llaman *destino*, están obligados á llevar á cabo sus empresas por cima de toda dificultad, á sufrir como él sin desmayar, y á cometer los crímenes en que aquél se distinguió. Por donde la sociedad deplora con harta frecuencia la inesperada fuga ó el rapto de niñas y señoritas de no escasa significación, (Léanse las *Confessions d' un ex-libre-penseur* por León Taxil,) se desconcierta y enloquece palpando su impotencia para estorbar matrimonios entre personas á quienes sólo la novela ha podido unir; palidece por fin ante el cadáver de tantos que mueren de muerte trágica. ¿Cuántos, en efecto, no han tomado veneno fundados en el razonamiento de algún protagonista de novela, dejando á

sus padres ó esposas en la desesperación y á la sociedad helada de espanto? ¿Quién puede contar el número de improvisados héroes y de legendarias heroínas que han quedado anegados en su propia sangre, teniendo en sus manos ó muy cerca de sí el libro que les instigó á fugar cobardemente de esta vida contra las órdenes de la Providencia de Dios? Este es el punto final de casi todos los que en la novela leen la apoteosis del crimen, la execración de la virtud y de cuanto tiene razón de bien.

Igual fin trágico tienen todos los aficionados á leer obras descreídas. Porque lo único capaz para enfrenar poderosamente las malas pasiones, y que hace retroceder al hombre ante la funesta idea del suicidio, es aquel juez incorruptible que llamamos *conciencia moral*, que se apoya en la creencia en la vida futura y más dogmas de la fe. Si, pues, se duda de esto leyendo un libro escéptico, ó se niega como lo hace un libro herético, racionalista ó ateo, rompe e la cadena que contenía los instintos feroces del hombre, y éste se precipita, como un caudaloso y embravecido torrente, en el campo del crimen, arrasando edificios colo-

sales que han podido levantar la nobleza, el talento, la educación y aún la virtud.

Muy en lo justo estuvo Origenes cuando dijo que las novelas ó romances son *copas que contienen el veneno de Babilonia*, y aún Rousseau cuando el sentido común le arrancó la confesión de que *una joven prudente nunca lee tales libros*. Y la franqueza de este último llegó hasta el punto de escribir en una de sus producciones: *Cualquiera mujer que abra este libro es una mujer perdida*; sentencia que se pudiera grabar á salvo en la portada de tantas novelas bien aceptadas por el público, puesto que en ellas está el último suplicio de la inocencia y de la virtud. Y dado que en esas páginas haya rasgos de virtudes aún heroicas, no son estas *virtudes románticas* las verdaderas, ni las que alaba y admira el mundo por perdido que esté, sino la castidad y sacrificio que se aprende en el Evangelio, el desinterés y patriotismo que inspira la religión. ¿Y por dónde puede la novela enseñar virtudes cuando ella es la que enerva las pasiones nobles del alma ó las arranca, sustituyéndolas con aquellos viles instintos de la naturaleza animal?

Una joven que acostumbra leer novelas, nunca llenará los deberes de buena hija, ni después los de madre de familia; el hogar doméstico será el retrato de la confusión y desorden que reina en su imaginación; los bienes y reputación de la casa vendrán siempre á menos; los hijos correrán á toda vela por el mar de la perdición, al soplo de su libertad; el sufrimiento resignado tan necesario para la mujer, será para ella virtud muy peregrina, puesto que sólo se aprende en las lecturas piadosas, en la meditación de las verdades de la fe, al pie de la cruz y no en el bullicio del teatro ni en las páginas de la novela. El hombre llamado á amasar su pan con el sudor de su rostro, cuando de joven se da á la novela, tiene que devorar su hambre y cargar su miseria, pues, arruinados los libros ó instrumentos de arte que podían proporcionarle una brillante posición social, cae necesariamente en la ociosidad y con ella en la pobreza que le es consiguiente, sin contar con la refinada malicia que, según dice el Espíritu Santo (Eccli. c. XXXIII, v. 29) aprende en la escuela de la ociosidad. Y un hombre sin arte, ciencia ni virtud, ¿qué será en el mundo sino la vergüenza de la familia y el desecho de la sociedad?

Y ¿cómo atajar tanto mal? “Andamos solícitos, dice el Ilmo. Señor Ordóñez Arzobispo de Quito, en busca de un remedio para purificar la atmósfera de muchos pueblos y ciudades donde la peste devora en pocos días un núme-

ño considerable de víctimas; y ¿no hemos de buscar con mayor solícitud el secreto de desinfectar la atmósfera moral en que respiran las almas aire de muerte y de destrucción?" (Pastoral 4^a — 1884).

A este punto es á donde conviene dirijan sus miradas los sabios Legisladores y los solícitos Magistrados que andan buscando manera de conjurar el pauperismo siempre creciente y el lujo amenazador de nuestras Repúblicas, ya que traen su origen de la novela; y mal podrán remediarlos mientras ésta discorra por las manos de los jóvenes y tenga espléndida acogida en los almacenes y librerías, como una verdadera piedra filosofal que todo lo convierte en oro. Así, pues no hace admiración que tanto la cosa pública cuanto la doméstica vayan á parar en tragedia.

No estaría fuera de razón aplicar á la cosa pública lo que el Emmo. Bonald dice de los padres de familia que "poco previsivos prenden por culpa suya un fuego que, si bien oculto por a'gún tiempo bajo la ceniza, llegará á causar un incendio que no alcanzarán á extinguir la solícitud, las lágrimas ni la severidad misma. Estos padres ciegos... deben saber que el menor de los males que causan á sus hijos, es el de inspirarles un odio invencible para las lecturas serias, una repugnancia insuperable para los trabajos austeros de la ciencia, en una palabra, el de inhabilitarles para una educación sólida. (*Lettre sur les mauvaises lectures*). Qué bien se expresó Rousseau, crítico pa-

ra nadie sospechoso, cuando dijo de las novelas que el refinamiento del gusto en las ciudades, el aparato del lujo, la moral epicúrea, son las lecciones que dan y los preceptos que imponen. Y el Ilustrísimo Arzobispo Ordóñez: “¿ Quiénes son los héroes de novelas? ¿ Quiénes sino los adúlteros, los ladrones, los asesinos? ¿ Qué costumbres se pintan, qué escenas se ponen delante de los ojos de los incautos lectores? Costumbres reprovadas por la moral, escenas que ruborizan, escenas que acaban con el pudor! . . . Padres de familia! ¿ llevaríais á vuestras hijas á lugares donde peligrara su virtud, donde se manchara su inocencia? ¿ Permitiríais que tratasen impunemente con personas de malos precedentes, de conducta dañada? ¿ consentiríais en que tuviesen por amigos y confidentes personas á quienes la sociedad arroja de su seno? . . . Pues todo esto y más hacéis contra la moral de vuestras familias, cuando dejáis que vuestros hijos y vuestras hijas se consagren sin temor de Dios á la lectura de libros perniciosos.” (Carta Pastoral 4^{ta})

Por fin las novelas destruyen con la salud del cuerpo. Esto se colige de la íntima unión y mutua acción entre el cuerpo y el alma, sea por el *influjo físico*, según creyó Torchenau (*Psycholog. p. II, c. V.*) sea por que, según enseña Santo Tomás (Qq. dispp. de *Veritate, Qu. 25, Art. X*) las fuerzas superiores redundan en las inferiores, y cuando aquellas se ejercitan con mucha intensidad, éstas quedan débiles y

como adormecidas, hasta el extremo de producir la enfermedad y aún la muerte, como ha sucedido á tantos que, en fuerza de la tristeza, de la alegría ó del amor, han quedado sin vida.

Acordes con esta doctrina están los fallos de la Medicina, asegurando que las lecturas sentimentales ú obscenas exaltan la imaginación, y por lo mismo producen funestas enfermedades cuyos tormentos son incalculables. Las enfermedades *nerviosas* tan comunes y prematuras en nuestra época, particularmente en las ciudades, las más veces no reconocen otra causa que el baile, el teatro, ó la novela; siendo averiguado que con sobrada frecuencia la dolencia de nervios se vuelve manomanía y después locura. En efecto: las personas nerviosas llegan á tener un sentimentalismo tan exagerado que todo les molesta, nada les agrada, en todos contemplan seño y desprecio, hasta en las personas más allegadas, como son padres, hijos ó esposos; siempre tristes, dominadas de un humor sombrío y cansadas de la vida, sino acaban por tomar veneno ó clavar un puñal en su pecho, se les vuelve nezesariaments el juicio. Así lo observó Platón (*De Rep. Lib. 3*) asegurando que la mayor parte de las mujeres locas han llegado á ese término por amor ó por sus consecuencias, odio, celo, tristeza &. Y hasta Rousseau añade: “Quéjense, y con razón, de que las novelas trastornan el juicio. Pues los lectores, al contemplar en la novela las pretendidas ilusiones de un estado que no es el snyo, se dejan seducir y se despechan de su modo de

ser . . . Queriendo uno ser lo que no es, llega á creerse otra cosa de lo que es, y de este modo da en loco.”

Estos efectos que acabamos de atribuir á la novela, bastan para que los jóvenes no la tomen por ningún caso entre manos, y las señoritas no mancillen sus ojos paseándolos por ese inmundo campo. De industria no hemos querido hacer distinción ni excepción alguna, porque si bien hay novelas que no dañan el corazón ni roban el tesoro de la fe, no las hay por inocentes y moralizadoras que parezcan, que no alboroten la imaginación, engendren tedio por los estudios y el trabajo, vuelvan *noveleros ó novelescos* á los lectores.

Por esta razón observa el Emmo. Cardenal Bonald, que “Se debe desplegar todo el celo posible para alejar de sí no sólo aquellos libros profundamente corruptores, abiertamente impíos, los cuales llevan consigo cierto preservativo por el horror que inspiran, sino muy particularmente para proscribir aquel enjambre de cuentos frívolos y esos libelos que diariamente hacen contemplar al lector, á veces con el tono hipócrita de la reprobación, todos los excesos de un corazón dañado.”

Destiérrese, pues, la novela del hogar doméstico, y de los colegios, si se quiere bienandanza para la familia, la sociedad y la Iglesia. Desplieguese exquisita vigilancia á que no penetre por los claustros de los conventos, con el dañado intento de formar religiosos afeminados y mundanos, con mengua de la disciplina regular y

QUITO-EQUALOR

escándalo del pueblo. Sea condenada con un anatema de execración y desprecio esta eterna y solapada enemiga de la virtud, de la ciencia y del buen gusto. Mírenla todos como á una pública meretriz, de quien dice Salomón (Prov. c. IV): *Sus labios son panal que destila miel . . . mas lo que deja es amargo como el ajénjo y agudo como espada de dos filos. Sus pies descien- den a la muerte, y sus pasos penetran hasta los infier- nos . . . Bebe el agua de tu cisterna y los raudales de tu pozo.* Esto es, busca la ciencia y el buen gusto en aquellos libros sanos que, limpios de error y corrupción despiden la purísima luz de la verdad, y el suave aroma de la virtud.

VALOR CINCO CENTAVOS.



35.—QUITO.—IMPRESA DE LAS EE. CC.,
POR J. SÁENZ R.